

# Antonio Machado, filósofo\*

1

**E**s conocido el juicio severo, por demás injusto, de Dámaso Alonso: a partir de un cierto momento de su vida, sostiene, la vena poética de Antonio Machado se habría atenuado, hasta llegar casi al agotamiento; y esto, atribuido en primer término al fallecimiento de Leonor, debería imputarse, sobre todo, según Alonso, a esa pretendida «afición» —es el término que emplea— de Machado por los estudios de filosofía. Para defender su tesis, el autor invoca estos versos de Machado:

Poeta ayer, hoy triste y pobre  
filósofo trasnochado,  
tengo en monedas de cobre  
el oro de ayer cambiado.

Ello da pie a Alonso para escribir que «Machado cambió por cobre filosófico buena parte de su oro poético de ayer». Mas el autor ha de conceder, sin embargo, más adelante, que el oro poético de Antonio Machado siguió asombrándonos con su brillo, después del momento en que se supone que se dio la funesta inflexión que presume, en poemas como «Desde mi ventana» y otros más.

A esto cabe replicar, en primer término, que el poema citado por Alonso como apoyo de su tesis es de 1907, esto es, anterior no sólo a la muerte de Leonor, sino al momento en que Antonio Machado inició relaciones con ella.

A lo que cabe agregar esto, a manera de pregunta retórica: ¿qué filósofo —o también: qué poeta— no se ha sentido alguna vez *pobre* frente a la riqueza anhelada, *triste* en relación a la alegría del encuentro que esperaba y que se frustró, *trasnochado*, por fin, porque su noche no fue de sueños significativos, sino acaso de pesadillas o de vano insomnio?

Sobran los testimonios del propio Machado en el sentido de que su filosofar no fue sólo «afición» relativamente tardía, posterior a su viudez. No es necesario recor-

\* Ponencia leída el 19 de febrero de 1990 en el Congreso Internazionale «Antonio Machado verso l'Europa» (Turín).

dar que, muy temprano, había asistido a los cursos que Bergson ofrecía en el Collège de France. Más merece una mención especial la carta que escribió a Federico de Onís en 1932, en donde dice que el título al que aspiraba, al realizar estudios regulares de filosofía entre 1915 y 1917 en la Universidad de Madrid, fue sólo un «pretexto» para dedicar unos años a una inclinación «de toda mi vida». Recuérdese, por fin, el pasaje del proyecto de discurso de ingreso a la Academia de la Lengua en que Machado afirma la prioridad que en sus estudios y lecturas tuvieron los escritos filosóficos sobre los poéticos: «No soy humanista, ni filólogo, ni erudito. Ando muy flojo en latín, porque me lo hizo aborrecer un mal maestro. Estudié el griego con amor por ansia de leer a Platón, pero tardíamente y, tal vez por ello, con escaso aprovechamiento. Pobres son mis letras, en suma, porque aunque he leído mucho, mi memoria es débil y he retenido poco. Si algo estudié con ahinco fue más de filosofía que de amena literatura».

Considerada la obra de Antonio Machado en su conjunto, tal como quedó a su muerte, cabe sustituir el término «inclinación» que su modestia dicta en la carta mencionada a Federico de Onís, por el de *genuina vocación*, en el sentido más literal de que el poeta se sentía llamado a ser, además, filósofo.

## 2

Aceptado esto, surge, empero, esta otra pregunta: ¿por qué, si Machado reconocía la fuerza de su vocación filosófica, no se asumió como filósofo, escribiendo, por ejemplo, tratados o ensayos de filosofía?

Quede en claro, ante todo: la expresión de la filosofía desborda el género «tratado» o «ensayo», en que se la pretende recluir, hacia la carta, como es sabido por todos; hacia el diálogo —Platón, Aristóteles, Descartes, Malebranche, Berkeley, Hume—; hacia el poema —Parménides, Lucrecio—; hacia los aforismos —Heráclito, Nietzsche y, por su muerte temprana, Pascal—; hacia las memorias —San Agustín—, hacia la expresión con visos de humorismo y a través de pseudónimos o heterónimos —Kierkegaard—. Al darse tal desborde de las fronteras en que se la pretende retener, la filosofía pierde el carácter sistemático que se le ha querido atribuir, para volverse, en cambio, sugestiva, a veces mítica, lírica o gnómica.

A más de un secreto pudor, otra razón pudo inducir a Machado a que, obedeciendo a cierta vena lúdica de su carácter, atribuyera a su filosofar a aquellos personajes en que se desdobra como para escapar al que socialmente proyectaba: Juan de Mairena y Abel Martín. El escenario filosófico de Europa estaba entonces ocupado por las filosofías de la vida; más tarde la ocuparon las de la existencia; en Alemania, la fenomenología y sus secuelas eran sus protagonistas; en España, sobresalían las figuras mayores de Unamuno —la concepción trágica de la vida— y de Ortega —la razón vital. Es comprensible que Antonio Machado tuviera la aprensión de que su propia

voz filosófica, precisamente por no ser reductible a las que a la sazón aparecían como más prestigiosas, pudiera carecer de legitimidad, de credenciales suficientes, que pudiera sonar destemplada en ese concierto y prefiriera acallarla u ofrecerla en discreta sordina. Mas ¿por qué no ampliar esta voz en sordina, confiriéndole todo su volumen?

### 3

Muchos excelentes estudiosos del pensamiento de Antonio Machado —y entre ellos el que tengo por adelantado en estas indagaciones, para decirlo con palabras de nuestro poeta: el que «abrió senda para caminar» en la dirección que nos interesa— han buscado parentescos, similitudes, anticipaciones de ese pensamiento con el de los filósofos que en este siglo han gozado de mayor prestigio, en especial los alemanes, o bien influencias de éstos sobre aquél.

Aludo, claro está, a la tentativa, que tanto acierta, de Antonio Sánchez Barbudo de situar a Machado en relación al «foco de la filosofía alemana contemporánea», y en especial a Husserl, Scheler, Jaspers y Heidegger.

Por cierto, sean cuales hayan sido las lecturas que Machado hiciera de estos autores, no pudo escapar a su vigilante atención el despliegue y actualidad que la fenomenología había conferido al concepto de *intencionalidad de la conciencia*, recibido por Husserl de Brentano. Hay excelentes razones —ya lo veremos— para reconocer la presencia de este concepto en el pensamiento propio de Antonio Machado.

Sólo quisiera añadir que si se aprecia bien a éste, no me parece haber fundamentos para hacer depender su brillo del reflejo de un foco ajeno. Es posible, en efecto, si se miran las cosas en esta perspectiva, que Antonio Machado pudiera aparecer como un filósofo *fuera de foco*. Mas ¿por qué no admitir, antes bien, *que él fuera por sí mismo un foco?* o, dicho de otro modo, ¿por qué habríamos de «amoldar» el filosofar de Machado a otros ya acreditados o someterlo a influencias ajenas, en vez de reconocer que, por sí mismo, en obediencia a su personalísimo impulso filosofante, pudo dar una torsión a la filosofía que en su tiempo prevalecía? Si nos hacemos estas preguntas, y las tenemos por pertinentes, quedamos obligados, en virtud de esta pertinencia misma, a destacar el carácter original —y originario— del filosofar de Antonio Machado. Vamos a ello.

### 4

La lectura más generalizada y hasta autorizada de la obra de Antonio Machado insiste en ver en él a un poeta escéptico, a fuer de desencantado, de melancólico, por efecto de la decepción. No se puede negar que estas notas se encuentran todas —y muy acentuadas— en la obra en verso y en prosa de Antonio Machado.

Sin embargo, esta obra (si se considera en todas sus partes) se me aparece animada, a la postre, por algo contrario a la tristeza y el escepticismo, que me inclino a denominar el *impetu dialógico*, equivalente de la *intencionalidad* que Brentano y Husserl dicen, sólo que dirigido hacia un Tú.

Según la información que el poeta simula haber recogido de su maestro apócrifo, Juan de Mairena, el maestro de éste, Abel Martín, habría escrito un libro titulado *De lo uno a lo otro*. Este título, por sí solo, no implica diálogo ni tentativa de establecerlo. La locución sólo mienta, en su empleo coloquial, cambio o traslado de situación, de tema, como el unamuniano «de esto y aquello». Pero, conforme al testimonio que Machado atribuye a Mairena, Martín pretendía en tal libro dar respuesta a esta pregunta, enunciada de manera kantiana: ¿cómo es posible el objeto erótico? El traslado de que se trata es, pues, ante todo, trayecto, proyecto de un sujeto hacia un *objeto*. Y éste no es un objeto cualquiera, como tal, pasivo, es el objeto *erótico*, el *objet d'amour*, en los términos del teatro clásico francés, que es también *sujeto*.

Es legítimo pensar, empero, que Machado, al dar con el tema supuesto de esta obra de Martín, no tuviera sólo en vista el amor pasional humano, sino algo de que éste es manifestación o expresión privilegiada, pues reside en su raíz. Machado-Martín lo designa como *sed metafísica de lo esencialmente otro*.

Cabe someter a examen las palabras de esta locución. Ante todo, se trata de una *sed*, vale decir, de un impulso vital originario; no de un deseo o anhelo, sino de la *necesidad de algo* sin lo cual no es posible vivir. Esta sed es calificada por Machado: es una *sed metafísica*, y este adjetivo indica, desde luego, que no se trata, o no se trata sólo, de una *sed física* o limitada a lo natural inmediato; el prefijo *meta* da el sentido de trascender o sobrepasar algo, en este caso algo designado como *físico*; de apuntar más allá de este algo. Lo que la sed metafísica en último término reclama es designado en la locución como *lo esencialmente otro*. Se trata, por tanto, de lo ajeno al sediento, mas no de modo accidental o relativo, sino *esencial*, vale decir, de lo que es la alteridad misma de cuya esencia las cosas diversas e inclusive las personas varias que tenemos por otras, han de participar para poder ser tales otras. Vámonos, pues, con cuidado: no se trata aquí del *Mitsein* de Heidegger; no se trata de manera alguna de Pierre o Annie, según los nombres que da Sartre a «los otros» cuya existencia pretende probar; no se designa a la «Petenera» ni tampoco a Guiomar; de lo que se trata, según la expresión de Machado, es de la necesidad que no sólo trasciende la subjetividad circunscrita del sediento, sino inclusive las cosas y personas otras a que la sed apunta en primera instancia, para dirigirse a la fuente misma de que éstas obtienen su alteridad, porque es *la alteridad misma*. De aquí que Machado no diga «el otro» o «los otros», que es lo que en general sus intérpretes le hacen decir, sino con artículo neutro y en singular lo otro, equivalente, según veremos, del *Tú esencial*.

Ahora bien, lo radicalmente Otro es, según la *Dogmática* de Karl Barth, Dios, el *mysterium tremendum* que Rodolfo Otto dice. Comenzamos a descubrir así que el libre pensador Antonio Machado es un filósofo *religioso*.